



REVISED

QUADRIENNIO DI STATI UNITI D'AMERICA  
1880-1884

Ga.  
837







R. 40.290

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00039484

Cg 837.  
Etig. Vermella

Tela

# DISCURSO

SOBRE

## EL ADORABLE MISTERIO

DE LA

## SANTÍSIMA TRINIDAD,

leída en la solemne apertura del curso académico de 1881 á 1882,

EN EL

## SEMINARIO CONCILIAR CENTRAL

DE

COMPOSTELA,

POR EL Pbro.

**Vicdo. D. Severo Araujo.**

Profesor de Sagrada Teología en dicho Seminario.



SANTIAGO:

Imprenta del Seminario Conciliar, á cargo de  
D. Andrés Fraile y Pozo.

1881.



USC  
UNIVERSIDADE  
DE SANTIAGO  
DE COMPOSTELA

R. 14. 890

# DISCURSO

EL ADOPTAR EL MISTERO

SANTO DOMINGO

Leído en la sesión ordinaria del Consejo de Gobierno el día 14 de Mayo de 1882.

SEMINARIO CONCILIAZ CENTRAL

COMPOSTELA

Dr. D. Juan de los Rios

Profesor de Historia y Geografía en el Seminario



SANTAGO  
Imprenta del Seminario Conciliar, a cargo de  
D. Andrés Tello y Lasso.  
1882

Te invocamus, Te laudamus,  
Te adoramus, O beata Trinitas.  
(Ecclesia in Off. Smæ. Trinit.)

Emmo. y Rmo. Sr.:



UN imperioso deber me obliga á subir á ésta sagrada Cátedra en acto tan solemne.

Siento, en verdad, que mi pobre talento y mis débiles fuerzas no den otro resultado, que un desaliñado discurso, bien poco digno de Vuestra Eminencia Reverendísima y de la ilustracion del Profesorado que me escucha. Por lo mismo imploro los auxilios del Señor y espero vuestra benévola indulgencia.

Entre los varios puntos que son objeto de mi

asignatura, me fijé con predileccion en el dogma augusto de la Santísima Trinidad.

Espinosa y en extremo delicada es la materia, lo conozco: de ahí que mi pobre trabajo quedará reducido á algunas breves reflexiones sobre este misterio adorable.

F. Jimeno y Jimeno



Entre los varios puntos que son objeto de mi  
devoles indulgencia.  
ploro los auxilios del Señor y espero vuestra be-  
nignidad que me esconda. Por lo mismo in-  
tendencia Reverendísima de la Ilustración del  
deseñado discurso, pero para digno de ser  
mis débiles fuerzas no he conseguido, que en  
siento en verdad que mi pobre trabajo y  
solenne.



Hay en los misterios de nuestra sacrosanta Religión una unidad admirable, un enlace estrechísimo, una armonía encantadora. Los unos son consecuencia de los otros, y supuesto el primero, los demás proceden y aparecen ordenadamente como las legítimas conclusiones de un principio; se ajustan, se completan y explican mutuamente, y aquel enlace, aquella unidad y armonía son la mejor garantía, la prueba más marcada y la expresión más fiel de su verdad. Son rayos de un sol, que, partiendo de un mismo foco, convergen en un punto; son ramas de un árbol que reciben de un mismo tronco la savia que las fecunda; son arroyos que tienen un mismo origen y confluyen en un mismo

occéano; son eslabones que, dependiendo unos de otros y sosteniéndose á la vez, forman una preciosa cadena.

Y no puede ser de otro modo. Si la verdad es una; si el carácter esencial de la verdad es la unidad, y los misterios son verdad; deben formar un todo completo, un conjunto armonioso, y su amigable consorcio es la prenda de nuestra razonable creencia y manantial fecundo, fuente inagotable de riquezas intelectuales y morales, que ilustran nuestro entendimiento y santifican nuestro corazón.

Aquella preciosa cadena, cuyos eslabones de oro se sostienen, se ajustan entre sí, se completan y perfeccionan; éste armonioso conjunto de verdades teórica y prácticamente consideradas, es el Catolicismo.

No separemos los elementos que le constituyen; no aislemos los misterios: perderíamos de vista su unidad, y la Religión aquella armonía que la hace tan hermosa y encantadora.

Los misterios son el rico manto de púrpura que caracteriza á la Religión católica y nos la presenta como reina y señora del mundo;

los misterios son el timbre glorioso de la Iglesia, el emblema de su soberanía universal, porque cuando Dios habla, la razón se somete y el corazón se rinde; los misterios son el precioso collar de la inmaculada Esposa del Cordero.

Si pudiera romperse el lazo de unidad que los estrecha, la Iglesia católica, hecho girones su manto, rasgada la túnica inconsútil de su fé, sería una reina destronada; sucedería á la Religion lo que á un collar que se desgrana: sus perlas se desprenderían una á una; una á una vendrían por tierra las verdades del órden sobrenatural, que ningun valor pueden tener sin la union recíproca que las conserva. La Religion sería un conjunto de abstracciones, de enigmas contradictorios á nuestra inteligencia, estériles á nuestro corazón, ineficaces para mover y enderezar nuestra voluntad.

Esta union tan íntima, éste lazo tan estrecho se hace más sensible, si tenemos en cuenta que los misterios constituyen una ciencia divina, cuyas verdades, dependientes las unas de las otras, están todas subordinadas á un principio fundamental, del cual se desprenden

como legítimas conclusiones, y sin el cual ni se explican ni se conciben.

Este principio, base y cimiento de las demás verdades; éste principio, origen y raíz de nuestra sacrosanta Religion, fuente inagotable de divinas deducciones, manantial perenne y riquísimo venero de aplicaciones morales, es el augusto y adorable misterio de la Santísima Trinidad.

Al pronunciar ésta palabra, inclino mi frente, y pegándola contra el polvo, adoro la infinita Majestad de Dios.

No voy á penetrar en el santuario de la Divinidad; no es tal mi presuncion, que me atreva ni aún á querer levantar el velo que oculta los misteriosos arcanos del Señor; no es tan grande mi temeridad, que pretenda investigar los adorables secretos de la eterna Sabiduría, porque me oprimiría la Majestad de su gloria, como dice el Espíritu Santo: *Qui scrutator est majestatis, opprimetur á gloria* (1), digno castigo de una osadía tan temeraria y monstruosa. Tampoco voy á considerar éste misterio en sus

(1) Prov. XXV, 27.

múltiples relaciones, porque sería una empresa muy desigual á mis fuerzas: quiero presentarle solamente como base y fundamento de los demás misterios, como centro del Catolicismo, fuente y raiz de nuestra fé. Y dejando curiosas investigaciones que halagan el orgullo de la inteligencia humana, esterilizan el corazon y sofocan el verdadero espíritu del Cristianismo; teniendo en la mano la antorcha de la revelacion, me propongo demostrar que el misterio augusto de la Santísima Trinidad está muy lejos de oponerse á los principios de la sana filosofia, que ésta lo admite sin vacilar como principio de todas sus deducciones y único medio de explicar el plan divino de la Providencia, realizado en la humanidad.

## I.

*Dios es uno en esencia y trino en personas.* Hé aquí el misterio adorable, objeto de nuestra más tierna veneración y nuestro más humilde y profundo respeto. Es uno en *Trinidad* perfecta, y es trino en *unidad* simplicísima. Es uno porque la *unidad* es su sér, y es trino, porque la *Trinidad* es su vida.

El verdadero creyente descubre en este misterio un doble respecto, y con la luz de la fé lo considera, lo admira y lo adora desde dos puntos de vista: el primero se refiere á Dios; el segundo dice relación al hombre. El primero es el *quid divinum*, es el *cómo*, el *por qué* de Dios; el segundo es el *para qué* de la revelación, es el fin que Dios se propuso al revelarlo á las criaturas: el uno mira á Dios en sí mismo; el otro mira á Dios con relación á nosotros.

¿*Cómo* Dios, siendo uno en esencia es trino en personas? No me lo preguntéis, porque no

sé contestaros: ¡es un misterio! ¡Creed y adorad, y exclamad con el Apóstol: *O altitudo divitiarum Sapientiae et Scientiae Dei...* (1).

¿Para qué se dignó Dios revelarnos éste misterio? Yo os lo diré, porque esto es más claro que la luz del sol; éste para qué es el abismo de la misericordia de Dios, el piélago de su bondad, el mar inmenso de su amor, de su caridad infinita, de su entrañable ternura; yo os lo diré en dos palabras: para descubrirnos la economía admirable de su Providencia, el plan divino de su Sabiduría en la redención del hombre, en la regeneración de la sociedad; para que, conociéndole mejor en lo que se refiere á nosotros, su misericordia para con nosotros, su bondad para con nosotros, su amor, su caridad, su ternura para con nosotros, agradeciéramos sus finezas y le devolviéramos amor por amor; para cautivar nuestro corazón y hacernos dulce violencia; para hacerse dueño de todos los sentimientos y afectos de nuestra voluntad: hélo aquí.

Pero como Dios quería cautivar nuestros co-

(1) Róm. XI. 33.

razones y ganar nuestras voluntades de una manera digna de la criatura racional y adecuada á su naturaleza; como la accion de Dios sobre nosotros debia ser dulce y suave como el ósculo y la caricia de una madre, Dios no empleó otro estímulo que el del amor. Este amor, aunque siempre igual, siempre intenso, infinito siempre y eterno en sí mismo, no se manifestó del mismo modo, ni todo á la vez; con respecto á nosotros y segun nuestra manera de concebir, fué desarrollándose poco á poco en el transcurso de los siglos. La historia de la humanidad es el recuerdo más expresivo de éste desenvolvimiento en tiempo del amor eterno de Dios á sus criaturas segun el plan de su Providencia.

Y á medida que éste plan divino, concebido desde la eternidad por la infinita Sabiduría, iba desarrollándose al través de las generaciones, Dios hacia más sensibles sus regalos y finezas, excitando en el hombre los más nobles sentimientos de gratitud y provocándole á amarle con todo su corazon.

La Encarnacion, la Redencion, la regeneracion de la sociedad y la santificacion del in-

dividuo, sintetizadas en el misterio del Calvario, son el compendio de las finezas del Señor.

Pero estos misterios no podrían apreciarse en su justo valor; estos misterios serían incomprensibles por falta de union y enlace recíproco; estos misterios no moverían eficazmente nuestras voluntades, porque no nos descubrirían, como era de desear, la acción divina, el amor de un Dios, si otro dogma, profundísimo, insondable, impenetrable en sí mismo, no viniera en nuestro auxilio, derramando un torrente de luz sobre nuestras inteligencias, para hacernos más claras, más marcadas las operaciones divinas *ad extra*. Este dogma es el misterio de la Santísima Trinidad.

Y hé aquí la razón por qué, si bien ha sido revelado desde el principio, no lo fué con toda claridad y precisión hasta que llegó la plenitud de los tiempos; ved aquí la razón por qué el misterio de la Santísima Trinidad es la base de todos los misterios, el centro de su unidad, el lazo íntimo que los estrecha, el principio que los explica y completa, la fuente perenne y manantial fecundísimo de aplicaciones intelectuales y morales, la vida de Dios y la

expresion más fiel de su acción divina sobre las criaturas.

Permitidme desarrollar ligeramente estos pensamientos.

## II.

Si abrimos las sagradas páginas del antiguo Testamento, encontramos con frecuencia la idea de *unidad* y de *Trinidad* como principio fundamental de la divina revelación, como primer eslabón de la misteriosa cadena de verdades sobrenaturales que Dios se dignó enseñar á los hombres. Me ha llamado siempre la atención el ver ya en las primeras palabras de la Historia genesíaca un testimonio de éste adorable misterio; y comprendo que no debe extrañarnos que el sagrado historiador Moisés haya comenzado su relación, inculcando lo que es base de nuestras creencias.

El libro del Génesis comienza de ésta manera: *In principio creavit Deus coelum et terram...., et Spiritus Dei ferebatur super aquas:* En el principio creó Dios el cielo y la tierra...

y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas. La palabra hebrea *Elohim* está en plural; de modo que la traducción literal debiera ser: En el principio *los Dioses* creó el cielo y la tierra. Esta construcción tan extraña, tan singular, parecería, sin duda alguna, contraria á todas las reglas del buen lenguaje, si no tuviéramos en cuenta que aquella palabra en el número plural era para los judíos muy enfática y eminentemente expresiva: con ella querían significar la pluralidad de personas en Dios nuestro Señor.

Dos expresiones muy notables emplea siempre la sagrada Escritura para designar á la Divinidad: *Jehovah* y *Elohim*. Según los mejores rabinos y los que más se distinguieron por sus profundos conocimientos en la lengua de los hebreos, la primera se refiere á la esencia divina, á la divina sustancia, al *sér* de Dios, considerado en sí mismo; la segunda dice relación á su poder, á su sabiduría, á su actividad, á su presencia sustancial: es una palabra misteriosa que entraña la idea de pluralidad; que de una manera oculta, figurada, pero muy expresiva, significa la existencia si-

multánea de muchas personas en una sola y simplicísima naturaleza. *Jehovah* está siempre en singular; *Elohim* se la encuentra siempre en plural. Ahora bien, si ésta palabra es tan enérgica, tan enfática, tan misteriosa; si significa el poder, la sabiduría, la actividad de Dios; si siempre se emplea en el número plural y nunca en el singular ¿quién no ve en éste pasaje la pluralidad de personas divinas? Más todavía ¿quién no ve al Padre representado en el *poder*, al Hijo en la *sabiduría* y al Espíritu Santo en la *actividad*? Y si recordamos que la palabra *Elohim*, Dioses, concierta con el verbo *creó* en singular, la idea de *unidad* es inseparable de la idea de *Trinidad*.

Pero quiero demostrar más claramente que en éste pasaje, el primero de la sagrada Escritura, no tan sólo se hace mencion de la pluralidad de personas en Dios, sino que tambien se expresan las tres divinas personas, por más que el Señor se reservaba para otro tiempo y lugar una revelacion más explícita y terminante.

S. Agustin, S. Ambrosio, Orígenes y otros Padres, comentando el pasaje citado, entienden por las palabras *In principio* lo mismo que

*In Verbo.* Oigamos al Obispo de Hipona: «Dijo el Señor á los incrédulos judíos: Si creyéseis á Moisés, tambien me creeríais á mí, por que de mí escribió... Y en efecto que escribió del Señor, cuando dijo: *En el principio* creó Dios el cielo y la tierra, se deduce del Evangelio, cuando preguntándole los judíos ¿quién era? respondió: Yo soy *el principio*, el mismo que está hablando con vosotros. Hé aquí en qué *principio* hizo Dios el cielo y la tierra: Dios hizo el cielo y la tierra en su *Hijo*, por quien fueron hechas todas las cosas, y sin el cual nada se hizo» (1).

S. Ambrosio dice: «En éste *principio*, es decir, *en Cristo*, hizo Dios el cielo y la tierra; porque por el mismo fueron hechas todas las cosas y sin él nada se hizo» (2).

---

(1) Ait enim Dominus incredulis judaeis: Si crederetis Moysi, crederetis et mihi, ille enim de me scripsit... Nam, *In principio creavit Deus coelum et terram*, Moyses scripsit; quem utique de Domino scripsisse, ipsius Domini voce firmatur, loquente Evangelio; ubi judaei cum a Domino quaesissent, quis esset? respondit: *Principium*, qui et loquor vobis. *Ecce in quo principio* fecit Deus coelum et terram. Coelum ergo et terram fecit Deus in *Filio*, per quem facta sunt omnia, et sine quo factum est nihil. (Serm. 14 *De diversis*).

(2) In hoc ergo *principio*, hoc est, in *Christo*, fecit Deus coelum et terram, quia per ipsum omnia facta sunt, et sine ipso factum est nihil. (Lib. 1. *Hexaem.* cap. 4).

Orígenes: «En éste *principio*, esto es, en su *Verbo*, creó Dios el cielo y la tierra» (1).

El mismo S. Agustín en sus *Confesiones* y en la *Ciudad de Dios* desarrolla más y más éste pensamiento, comparando el Evangelio de S. Juan con el Génesis, y al Evangelista con Moisés, haciendo ver que no sin misterio comienzan los dos por éstas mismas palabras: *In principio* (2).

Déjanse ver, pues, en éste pasaje las tres divinas personas, realizando la admirable obra de la creación. El *Padre* con su *poder* saca las cosas de la nada; pero las saca en su *Verbo* y con su *Verbo*, con su infinita y eterna *Sabiduría*, que es el *principio* y la causa eficaz de todas las cosas; y el *Espíritu* de Dios es llevado sobre las aguas, porque con su virtud y actividad las fecundiza. Pero aquel *Verbo* no es un *Verbo* extraño al Padre: es el mismo *Verbo* del Señor, es la expresión fidelísima de su Sabiduría, es su divina comprensión, es aquel por quien y en quien conoce todo lo existente y posible, es la imagen perfectísima

(1) In hoc ergo *principio*, hoc est, in *Verbo suo*, Deus coelum et terram fecit. (*Hom. I. in Gen.*)

(2) *Conf.* lib. 13, cap. 5.—*De Civit. Dei*, cap. 31.

y acabada de su *ser*, es el reflejo de su sustancia y el resplandor de su gloria; es su mismo pensamiento que en una acción inmanente procede de El por una generación eterna y divina (1); es, en una palabra, su misma naturaleza. Tampoco es extraño aquel *Espíritu*, porque es el *Espíritu de Dios* que crea el cielo y la tierra, es su aliento, es su vida, el soplo que anima y fecunda cuanto tiene ser; y por eso es Señor y vivificador como el Padre y el *Verbo* (2). De aquí es que aunque son tres las divinas personas, y realmente distintas, no son tres los actos de la creación; uno solo y simplicísimo, como una sola, única y simplicísima es la naturaleza de las tres, significada en el verbo *creavit*, creó, en el número singular.

De ésta breve exposición se deduce, que el misterio de la Santísima Trinidad comienza ya á presentarse en la primera página de la sagrada Escritura. Sí: antes que el Águila de Patmos remontase su atrevido vuelo hasta el trono de la Divinidad, y con su penetrante

(1) *Ex utero ante luciferum genui te.* (Ps. CIX, 4).

(2) *Credo in Spiritum Sanctum, Dominum et vivificantem.* (Simb. Nic. Const.)

mirada contemplase, cuanto era dable á una criatura transportada á la esfera de los espíritus, la generacion eterna del Verbo en el seno del Padre, ya el inspirado autor del Génesis nos había dicho que en Dios hay tres personas y una sola divina esencia; y si el Discípulo amado ha bebido, réclinado sobre el pecho de Jesús, aquella celestial sabiduría que le ha hecho exclamar: *In principio erat Verbum*, tambien el Amigo de Dios, contemplándole cara á cara y escuchando su voz omnipotente en la cima de la montaña, había recibido aquella sublime inspiracion que movió su pluma y le hizo escribir: *In principio creavit Deus coelum et terram*, uniendo de este modo el primer y el más grande de los misterios de la Divinidad con la primera y más sublime de las acciones *ad extra* de un Dios todopoderoso. Por eso éstas breves palabras de Moisés son la clave de su Pentateuco, como las de S. Juan lo son de todo su Evangelio; y así como la inteligencia del Evangelio depende del buen sentido de las palabras de S. Juan, tambien las primeras palabras del Historiador sagrado son un rayo de luz que facilita la inte-

ligencia del Génesis, y sin ellas no tendría explicación posible. Preguntemos, sinó, á los judíos cómo se entienden éstos y otros pasajes análogos: HAGAMOS *al hombre á NUESTRA imagen y semejanza* (1): *Hé aquí á Adán, que se ha hecho como UNO DE NOSOTROS* (2): *Venid, pues, DESCENDAMOS Y CONFUNDAMOS su lengua* (3); que nos expliquen éstas palabras, y seguramente se verán precisados, como se han visto siempre, á reconocer su impotencia, por obstinarse en no admitir la divinidad de Jesucristo.

A medida que iban trascurriendo los siglos, el Señor nos revelaba éste misterio con más claridad. El santo Profeta Rey cantaba en sublime estilo: *Verbo Domini coeli firmati sunt, et Spiritu oris ejus omnis virtus eorum* (4). Por el *Verbo* del Señor fueron afirmados los cielos, y por el *Espiritu* de su boca toda su virtud y hermosura. Comparemos éste pasaje con el anterior, y hallaremos el más completo paralelismo. Aquí se descubren las tres divinas personas, el *Verbo*, el *Señor* y el *Espiritu*, y una sola na-

(1) Gen. I, 26.

(2) Gen. III, 22.

(3) Gen. XI, 8.

(4) Ps. XXXII, 6.

turalidad, porque ese *Verbo* es el mismo Verbo del Señor, es la expresión de su Sabiduría; y el *Espíritu* es el Espíritu de su boca, es el aliento y la vida de Dios.

Los estrechos límites de un discurso no me permiten detenerme en más consideraciones.

Pero llegó la plenitud de los tiempos; en el reloj de la Providencia sonó la hora, marcada ya desde toda la eternidad, tantos siglos deseada por todas las generaciones que esperaban al Libertador. El Hijo del Excelso descendió del cielo á la tierra, y el que venía á redimirnos y salvarnos, quiso ser ántes nuestro Maestro, ilustrando nuestro entendimiento con su celestial sabiduría, al par que con su ejemplo excitara y moviera nuestro corazón. Mil veces habló de su Padre, y él se llamó Hijo de Dios; y después de su gloriosa resurrección, prometió al Espíritu Santo, que debía ser la vida y el consuelo de la Iglesia. Jesús iba disponiendo nuestras inteligencias para recibir el complemento de una revelación sublime, la revelación del más augusto y adorable de los misterios.

Un día el divino Nazareno abrió sus bendi-

tos labios y decía á sus Apóstoles: *Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti* (1): Id y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. En éste pasaje ni la más pequeña palabra, ni la más insignificante circunstancia debe pasar desapercibida.

Jesucristo envía á sus Apóstoles por toda la tierra á enseñar á todas las naciones, á iluminar con la luz de la fé á los que viven sentados en las tinieblas del error y del pecado; Jesucristo hace á sus Apóstoles evangelizadores de la paz y regeneradores del mundo; luego éstas palabras del divino Maestro no deben contener simplemente un precepto y una mision; deben ser tambien la última enseñanza, deben encerrar el complemento de la instruccion que había dado á sus discípulos; deben ser el compendio de su predicacion y la síntesis de su doctrina: éstas palabras deben ser un catecismo abreviado, el símbolo de nuestra fé, el germen de nuestras creencias y la base de nuestra religion; éstas palabras deben ser el lazo estre-

(1) Matth. XXVIII, 19.

chísimo que una todos los dogmas, el fundamento y la cúpula del Catolicismo; éstas palabras deben encerrar un misterio; éste misterio no puede ser otro que el de la Santísima Trinidad.

Además. En éste lugar Jesucristo manda á sus Apóstoles que administren un sacramento, el primero de los siete que él ha instituido, el sacramento por excelencia en cuanto á su necesidad, porque es de necesidad absoluta, *de necesidad de medio* para conseguir la bienaventuranza eterna; el sacramento que nos regenera á una nueva vida, á una vida toda sobrenatural y divina, y nos hace hijos adoptivos de Dios y herederos de su reino. Pero la adopcion no puede hacerse sino en nombre de aquel que libre y espontáneamente adopta y constituye á otro su heredero; luego era esencial que éste sacramento se administrase en nombre de Dios *Padre*, ya que por un efecto de su misericordia sin límites nos admitía á la reconciliacion. Pero esta reconciliacion particular entre el individuo humano y Dios nuestro Señor presupone otra reconciliacion general, radical entre Dios y la humanidad entera; ésta reconciliacion es la aplicacion privada de otra accion

divina, universal y salvadora, es la consecuencia de una redencion anterior que, habiendo levantado á la humanidad caída, debía extenderse despues particularmente á sus individuos en el transcurso de los tiempos, segun el órden de la Providencia y por los medios que la infinita Sabiduría depositara en su Iglesia; ésta reconciliacion privada, esta regeneracion individual por medio del sacramento del Bautismo supone realizada ya la grande obra de la Redencion, es el resultado y el fruto de la Encarnacion, la Pasion y Muerte del Hijo de Dios, del Verbo divino humanado, por cuyos infinitos méritos fué reparada la humanidad: luego era esencial tambien que éste sacramento se administrase en nombre de Dios *Hijo*, ya que sólo por él podíamos ser regenerados, elevados al órden sobrenatural y hechos hijos de Dios por adopcion. Y como ésta regeneracion espiritual es un segundo nacimiento, un nacimiento á nueva vida, á una vida divina, celestial; y como la vida divina de nuestras almas es la gracia santificante que nos hace agradables á Dios y amigos suyos; claro está que no podía efectuarse ésta admirable reno-

vacion de otro modo que por la infusion de la misma gracia y la comunicacion de los dones del divino Espíritu, que es la vida de Dios, el aliento de Dios, el sér de Dios: luego era tambien esencial que éste sacramento se administrase en nombre de Dios *Espíritu Santo*, ya que él nos santifica y justifica. Más breve: era esencial que el sacramento del Bautismo, el sacramento de la regeneracion se administrase en nombre de Dios *Padre*, que nos regenera; de Dios *Hijo*, por el cual nos regenera, y de Dios *Espíritu Santo*, en el cual nos regenera: en nombre de Dios *Uno y Trino*; en el misterio de la Santísima Trinidad.

Y si el Bautismo es el sacramento de la fé ¿en qué dogma deberíamos ser bautizados, mas que en el augusto y adorable de la Santísima Trinidad, que es el compendio de nuestras creencias?

Analicemos ahora las palabras del Redentor, y veremos prácticamente lo que acabo de sentar en teoría.

El divino Maestro dice: *Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*: Id y enseñad á todas las na-

ciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Tres personas se nombran en este pasaje: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Estas tres personas, éstas tres relaciones tan claramente expresadas, deben ser realmente distintas; ya porque nunca el Padre ha sido ni pudo ser el Hijo, ni el Hijo es ni puede ser el Padre, y el Espíritu Santo está en la misma línea que el Padre y el Hijo; y ya también por la repetición de la partícula copulativa que las enlaza, pues siempre la conjunción *y* ha servido para unir palabras distintas, ideas, conceptos distintos. El que engendra no es ni puede ser el engendrado, ni éste puede ser aquél; y si la tercera persona está unida á las dos primeras por medio de la partícula *y*, como éstas lo están; si tiene la misma relación de procedencia ú *origen* respecto de las dos primeras, que éstas tienen entre sí; distinto debe ser el Espíritu Santo del Padre y del Hijo, como el Hijo es distinto del Padre. Pero si bien Jesucristo nos descubre de la manera más clara y terminante la distinción real de personas, no dice *en los nombres*, ni tampoco *en el nombre del Padre, y*

en el nombre del Hijo, y en el nombre del Espíritu Santo; sino en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, para indicar que es comun á las tres personas lo que con la palabra *nombre* se quiere expresar. Lo que ésta palabra significa, muy fácilmente se infiere de las sagradas Escrituras. *Deus, IN NOMINE Tuo saluum me fac*, dice el Profeta David (1): Dios mio, sálvame en tu nombre; ésto es: en tu poder y con tu poder; y en el mismo sentido dice en otro lugar:... *et IN NOMINE MEO exaltabitur cornu ejus* (2), para indicar que todo poder y grandeza trae su origen de la grandeza y poder de Dios. Jesucristo había prometido que los verdaderos creyentes lanzarían los demonios *en su nombre*: *IN NOMINE MEO daemonia ejicient* (3), es decir, con su virtud y eficacia; y en efecto, con la virtud de Cristo curó San Pedro al cojo de nacimiento, que pedía limosna sentado á la puerta del Templo, diciendo: *IN NOMINE J. C. Nazarení surge et ambula* (4): En nombre de J. C. Nazareno levántate y anda.

(1) Ps. LIII, 1.

(2) Ps. LXXXVIII, 25.

(3) Marc. XVI, 17.

(4) Act. III, 6.

Es indudable, pues, que el *nombre* comun al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo es su virtud, su eficacia, su poder; pero el poder de Dios es su *sér*, es su misma esencia: luego una misma es la esencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y las palabras del Salvador confirman más y más la repugnancia que halla nuestra inteligencia en admitir tres distintas sustancias divinas, tres distintas divinidades. Luego es uno en esencia y trino en personas.

Hé aquí el adorable misterio que, revelado ya desde el principio hablando Dios por medio de sus Profetas, por último, llegada ya la plenitud de los tiempos, fué revelado en nuestros dias con toda claridad y precision, hablándonos por medio de su Hijo querido, su eterna é infinita Sabiduría (1).

Me he detenido un poco en el desarrollo de ésta prueba, porque es el baluarte contra el cual se estrellan las argucias de la impiedad. Diga lo que quiera el moderno racionalismo: la cuestion es de hecho. ¿Es cierto que Dios se ha dignado revelarnos éste misterio?

(1) Hebr. I, 1.

Si lo es, inclinemos nuestra frente y adorémosle, penetrados de respeto y veneración.

### III.

Démos ahora un paso más.

Este misterio se nos reveló para que conociéramos el plan divino, el mecanismo admirable de la Providencia en la grande obra de la Redención. La Redención humana es el dogma capital de donde arranca el Cristianismo.

El Gólgota; en la cima del Gólgota clavada una cruz; pendiente de la cruz un Dios hecho hombre, para salvar al hombre; que descendió hasta el hombre, porque el hombre no podía ascender hasta él; que reconcilia al cielo con la tierra, y en quien la justicia y la paz se dan el ósculo de la amistad más sincera (1): tál es en compendio el cuadro de la Redención, el desenvolvimiento de la acción soberana, vivificante del Señor en la obra de la reparación humana.

Dios que *ab aeterno* es felicísimo en el seno

---

(1) *Justitia et pax osculatae sunt.* Ps. LXXXIV, 11.

de su Divinidad, conociéndose y amándose infinitamente, quiso hacer á otros participantes de su felicidad y ventura. Dios es bueno, y la bondad tiende á comunicarse. El hombre criado á su imágen y semejanza, enriquecido con los más sublimes dones de naturaleza y gracia, elevado al orden sobrenatural y hecho por adopcion hijo suyo y heredero del cielo, fué la obra perfecta y acabada de su mano omnipotente. En su frente brillaba un destello de la Sabiduría increada, y ardía en su corazon una centella del amor divino. Dulces y cariñosos lazos de amistad le estrechaban con su Dios. Era feliz. En aquel estado de incomparable ventura nada había que pudiera turbar la paz envidiable de su alma; y la humana posteridad, representada en el que era su padre y cabeza, estaba llamada á la misma herencia sobre la tierra, y sin gustar el amargo cáliz de la muerte, gozaría despues de la vision intuitiva de Dios en los cielos por perpetuas eternidades. Coronado de gloria y honor marchaba al frente de la creacion entera, que le obedecía como á su rey legítimo, y reflejaba las perfecciones de su Hacedor soberano.

Peró el pecado no tardó en entrar en el mundo. El hombre, infiel á sus deberes, ingrato á los beneficios y regalos de su buen Dios, traspasó temerario su santísima ley; y ésta prevaricación del primer hombre produjo un trastorno universalísimo, radical en el individuo y en la sociedad. Se eclipsó la imágen bellísima de Dios grabada en su alma, vióse despojado de los sublimes dones con que había sido enriquecido, cayó del órden sobrenatural, y perdió la amistad del Señor y el título de hijo suyo y heredero del Paraiso. El pecado oscureció su inteligencia, apagó del todo la llama del amor divino que abrasaba su corazón y rompió los lazos que le unian á su Criador. De aquel dichoso estado no quedó más que el triste recuerdo que debía acibarar su precaria existencia, hasta que la muerte le arrojara al sepulcro, para volver al polvo de que había sido formado; y en calidad de padre de todo el género humano debía arrastrar en pos de sí á la humana naturaleza, llorando con lágrimas amargas su eterna desventura. De éste modo el hombre destruyó, en cuanto estaba de su parte, la obra admirable de Dios.

Pero Dios no podía quedar frustrado en sus fines.

Y éste mismo Dios, para quien no hay pasado ni futuro, que veía en la eternidad la fatal caída de la naturaleza humana por el pecado de Adán, veía también en la eternidad la rehabilitación de la humana naturaleza por un efecto incomparable de su bondad y misericordia sin límites.

Esta rehabilitación debía ser una obra toda divina y sobrenatural. La justicia de Dios exigía una reparación infinita; su Majestad soberana una infinita satisfacción: sólo Dios podía satisfacer de ésta manera.

Y llegó la plenitud de los tiempos, y Dios descendió del cielo á la tierra, tomó la humana naturaleza, la hizo suya para padecer y morir, y después de haber sufrido afrentas, humillaciones y dolores sin cuento, en la cima del monte santo, clavado en el madero de la cruz, exhaló el último suspiro; y dando término á su costoso y cruento sacrificio, se constituyó Medianero de la humanidad. Entonces el cielo y la tierra se abrazaron; entonces la justicia de Dios se dió por satisfecha y salió

al encuentro á la misericordia, para confundirse en un solo ósculo, dulce, cariñoso, de sincera y eterna reconciliacion; entónces se abrieron las puertas del cielo y fueron reconocidos como legítimos los antiguos derechos á la Patria dichosa, que en hora infausta el hombre había perdido; entónces la humanidad, perdonada ya, redimida, dueña del mérito infinito de los sufrimientos de su Redentor, pudo aproximarse á su Dios ofendido, llamarle Padre y esperar de nuevo sus inefables bondades.

Este es el dogma consolador de nuestra Redencion.

Pero éste dogma no puede estar solo; debe estar inseparablemente unido á otro, que es su sosten y su vida, que es á la vez su principio y su término.

¿No es verdad, señores, que, considerándole aisladamente, la doctrina que acabo de exponer sería demasiado general? ¿No es cierto que su vaguedad no nos permitiría aproximarnos siquiera á la grandeza, á la sublimidad que encierra la obra de la reparacion humana? ¿No es indudable que cuanto acabais de oír no nos descubriría el plan admirable de la Providen-

cia, y su generalidad no nos dejaría apreciar la grandeza de una acción, que es la obra maestra de la Divinidad, el compendio de la sabiduría, misericordia y omnipotencia de Dios?

Hay más. Esta doctrina es para nosotros muy halagüeña y consoladora, porque partimos de un principio, que es su base fundamental; pero prescindamos por un momento de éste principio, y nuestra inteligencia, encontrándola imposible y absurda, se negará invenciblemente á prestar su asentimiento, y nuestra voluntad á continuar amando una grata ilusión que hacía sus delicias.

Hé dicho que la Majestad de Dios ofendida por el pecado del primer hombre exigía una satisfacción infinita, su justicia una infinita reparación; que sólo Dios podía satisfacer de ésta manera, y que por un efecto de su misericordia sin límites había satisfecho cumplidamente, descendiendo del cielo á la tierra y constituyéndose Medianero de la pobre humanidad. Pero *¿Quién* satisfizo *á quién*? *¿Pudo* Dios satisfacerse á sí mismo? *¿Pudo* Dios ser el acreedor y á la vez el que pagó la deuda? *¿Pudo* Dios ser el ofendido y al mismo tiempo el que re-

paró la ofensa? ¿ó no fué una satisfaccion propiamente dicha, sino una simple condonacion de la deuda, un perdon de la ofensa recibida?

Se dice con frecuencia que Dios perdonó *gratuitamente* al hombre, y ésta palabra necesita explicacion. Si se entiende que Dios por un efecto de su misericordia rehabilitó al hombre, sin exigir *de él* una satisfaccion que el hombre no podía dar, es exactísimo; pero si con esa palabra quiere decirse, que Dios por un acto de inefable generosidad se dió por satisfecho, sin exigir satisfaccion *alguna*, es falso y absurdo: Dios no puede perdonar de ésta manera, porque sería ponerse en contradiccion consigo mismo. Nosotros, que participamos de la justicia de Dios, pero que no somos la justicia absoluta, podemos perdonar *gratuitamente*, dejando á la absoluta y soberana justicia que se satisfaga á sí misma; pero Dios, que es ésta justicia absoluta y soberana, no puede perdonar *gratuitamente*, despreciando sus derechos y abandonando los legítimos intereses de su equidad. No, señores; Dios no sería santo, Dios no sería celoso por la gloria de su nombre, Dios no sería Dios, si de éste modo perdonara. Si la naturaleza del hombre

caído pedía misericordia, la naturaleza de Dios ofendido reclamaba justicia. Pero, ¿cómo resolver éste problema? ¿Cómo conciliar éstas dos exigencias tan contradictorias? ¿Habrá una solución posible? Sí, la hay en el augusto y adorable misterio de la Santísima Trinidad.

Es esencial á Dios el tener un Hijo, á quien engendra en la eternidad con un acto purísimo y necesario de su infinita inteligencia. Este Hijo unigénito, que es la imágen de la sustancia del Padre; este Verbo divino, que es su eterna Sabiduría y el resplandor de su gloria (1), eterno como él, santísimo como él, sapientísimo como él, y como él perfectísimo en todo género de perfeccion, ama infinitamente al Padre que le engendra, de quien es amado con la misma intensidad, porque es el objeto de sus divinas complacencias, y á quien está inseparablemente unido, porque nunca cesa de engendrarle. Y éste amor infinito, *subsistente*, recíproco, esencial, vida y aliento del Padre y del Hijo, es el Espíritu de Dios, que saliendo de su seno como de fuente inagotable de perfeccion, vuelve á él, para sumergirse en su único ele-

(1) S. Paul. ad Hebr. I.

mento, piélago insondable de verdad, bondad y belleza. Estos dos actos sublimes, inefables de la inteligencia y la voluntad de Dios; éstos dos actos inmanentes, porque en Dios tienen su *principio* y su *término*; estos dos actos eternos, porque su *principio* y su *término* lo son de *origen*, mas no de *tiempo*, son el manantial fecundísimo de divinas relaciones; y éstas relaciones son las tres divinas personas de la Beatísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Hijo adorable que con el Padre y el Espíritu Santo había criado al hombre á su imagen y semejanza (1); el Hijo de Dios, que con el Padre y en su Santo Espíritu había amado al hombre con amor eterno (2), viéndole caído por la culpa, esclavo del demonio é impotente para satisfacer á la divina justicia, compadecido de su miseria, toma á su cargo la satisfaccion, y en libre y espontáneo sacrificio se ofrece á su Padre víctima propiciatoria por el pecado de la humanidad.

Este sacrificio infinito debía ir acompañado de una infinita humillacion. No bastaba el sa-

(1) *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* (Gen. I. 26.)

(2) *Charitate perpétua dilexi te.* (Jerem. XXXI, 3.)

crificio de un Dios; se necesitaba el sacrificio de un Dios-Hombre; porque si un puro hombre era impotente para satisfacer, un puro Dios era incapaz de padecer y morir. Por otra parte, éste sacrificio no debía ser extraño á la humana naturaleza, porque, siéndolo, la reparación sería extraña á la culpa. Era necesario, pues, que la naturaleza humana, que es esencialmente libre, que libremente había ofendido á la Majestad divina, estuviese fielmente representada en el Hijo del Eterno, para que libremente satisficiera, y entrara de lleno en los frutos de la Redención; era necesario que en la persona divina del Hijo de Dios estuviesen inseparablemente unidas, pero sin mezclarse ni confundirse, las dos naturalezas divina y humana, para que, padeciendo y muriendo en la humana naturaleza, y comunicando á sus padecimientos y á su muerte el valor infinito de las acciones de la Divinidad, quedase satisfecha la deuda, reparada la ofensa, y la humanidad, rehabilitada ya por misericordia, pudiera exclamar con *justicia* en un transporte de júbilo:—Hé satisfecho á Dios en el mismo Hijo de Dios.

¡Medio admirable que la Sabiduría del Señor buscó en la eternidad, y su Omnipotencia se encargó de realizar en el tiempo!!

El *Verbo* descendió del cielo, y, sin abandonar el seno del *Padre*, encarnó en las entrañas purísimas de una Virgen por obra del *Es-piritu Santo*; se hizo hombre, sin dejar de ser Dios; padeció y murió en la cumbre del Calvario, y al exhalar el postrer suspiro, puso término á la grande obra de la Redencion, de donde parten, como legítimas consecuencias, la *regeneracion*, la *justificacion* y *santificacion* del pecador por medio de los sacramentos, rios copiosísimos de gracias y bendiciones celestiales, que aplican particularmente al individuo humano la Redencion general de la humanidad.

¡Cuán cierto es que el dogma augusto de la Trinidad, permaneciendo á una distancia infinita de nosotros, derrama, sin embargo, sobre nuestra inteligencia torrentes de luz divina que nos descubren el plan admirable de la Providencia, une las cosas mas contrarias, concilia las que parecen mas contradictorias, resuelve el difícil problema de la Redencion, explica los de-

más misterios, los ajusta, los enlaza, forma de todos ellos un armonioso conjunto, que llamamos RELIGION CATÓLICA!!!

¡Oh misterio adorable! Al llegar aquí, me postro de hinojos ante tu inmensa Majestad y exclamo con la Iglesia católica: *Te invocamus, Te laudamus, Te adoramus, O beata Trinitas!* Te invocamos, Te alabamos, Te adoramos, ¡Oh beatísima Trinidad!!

## IV.

Sin embargo, ocurriósele á la impiedad impugnar éste dogma adorable, y todas sus impugnaciones no arguyen otra cosa que ignorancia y mala fé.

Porque los misterios sean verdades del orden sobrenatural que exceden á la capacidad de nuestra pobre inteligencia, no todo lo que hay en los misterios es inaccesible á la razón humana: acabamos de verlo. Si el pretender abarcar los misterios, comprenderlo todo, explicarlo todo, es la última aberracion del orgullo racionalista; no es ménos cierto que el

suponer que los misterios, por ser incomprensibles, son verdades tan oscuras que, al prestar nuestro firme asentimiento, creemos, sin saber lo que creemos, es un error deplorable que compromete á la Religion y lastima nuestra fé. No es esto lo que Dios exige de nosotros.

Cuando Dios se digna revelarnos una verdad, quiere que con ánimo dócil y corazon agradecido le ofrezcamos un obsequio razonable, sometiendo nuestra inteligencia á su autoridad infalible; pero ésta sumision no sería razonable, no sería digna del hombre ni agradable á Dios, si aquella verdad no fuera para nosotros otra cosa que una redundancia, un enigma, una mera abstraccion, un conjunto de palabras vacías de sentido, sin enlace, sin aplicacion alguna. Nuestra fé no es *oscura*; no mil veces: es más clara que la luz del medio dia. Nuestra fé no es tan *ciega*, como algunos incrédulos se han empeñado en afirmar.

Si quisieran decirnos que el asentimiento que prestamos á las verdades reveladas por Dios excluye toda duda, toda vacilacion; que éste asentimiento firmísimo, basado en la infalibilidad de la palabra de Dios, no permite ni puede permi-

tir un exámen que, partiendo de la duda, lisonjearía al orgullo de nuestra viciada naturaleza y sería una traicion al Criador; si quisieran decirnos que ante la divina revelacion nuestra inteligencia se rinde incondicionalmente, y adorando á su Dios y Señor que la ilustra, abre su seno, para recojer y reconcentrar en sí misma la luz que baja del cielo, y con sumision y docilidad seguir el camino que aquella antorcha le señala, lo mismo en el órden especulativo que en el órden práctico; en una palabra, si quisieran decirnos que los misterios de la Religion, derramando vivísimos destellos de luz divina sobre toda nuestra vida intelectual y moral, permanecen velados á los ojos del alma, son *impenetrables* á la razon humana, como que son verdades *superiores* á ella; en todo estaríamos de acuerdo; pero si por *fé oscura*, si por *fé ciega* entienden un asentimiento arrancado violentamente á la razon y que la pone en contradiccion consigo misma; si por misterios entienden enigmas inconcebibles, un agregado de palabras sin significacion alguna, sin conexion entre sí; que se creen, porque Dios lo manda, pero ni se entienden, ni pueden enten-

derse; que la razon rechaza, porque la repugnan; ni éstos son nuestros misterios, ni aquella es nuestra fé.

Bayle dice con un cinismo sin igual, que el misterio de la Santísima Trinidad es *un monton de palabras* inconexas y vacías de sentido. Semejante asercion es una blasfemia lanzada á la infinita Sabiduría de Dios. Y los impíos aplaudieron, y llamaron á Bayle *el brillante ingenio* de su siglo. Sí, lo será; pero olvidóse, sin duda, el *brillante ingenio* de la impiedad de que no basta decirlo, de que es necesario probarlo; y para ésto sería necesario hacer ver ante todo que nada valen, nada son cuantos argumentos acabo de presentar; sería preciso demostrar que éstas palabras *Padre, Hijo, Espíritu Santo, naturaleza, esencia, persona, inteligencia, amor, número, unidad, etc.*; nada valen, nada son, nada significan; sería necesario demostrar, como dice Feller (1), que todas las voces y términos que definen la naturaleza íntima de las cosas, son palabras vacías de sentido, frases inconexas, por cuanto ésta naturaleza es impenetrable á nuestro entendimiento; sería preciso igno-

(1) Catec. Filosóf. Mist. de la Trin.

rar que cuanto á éste misterio adorable se refiere, cuanto á él pertenece, está determinado con una exactitud, con una precision tan marcada, y que las voces que se emplean en su enunciacion y exposicion son tambien tan exactas tan precisas y expresivas, que no podemos añadir ni quitar cosa alguna, no podemos decir más ó ménos, sin peligro de extraviarnos. De donde se infiere que la doctrina acerca del dogma de la Santísima Trinidad no es un *monton de palabras*, no; es una série de verdades exactísimas, unidas entre sí con estrechísimos lazos; es un conjunto de divinas verdades que Dios en su misericordia se ha dignado revelar á sus criaturas, y que envuelven ideas las más precisas y marcadas; verdades que entendemos, aunque no comprendemos su *por qué*, y que dejando al misterio á su correspondiente altura, á una distancia infinita de la comprension humana, descubren á la razon un ancho campo para sus deducciones, y la muestran nuevos y dilatados horizontes, á donde puede llegar con su actividad y desarrollo. «Convengamos, dice Leibnitz, en que los misterios admiten explicacion, bien que imperfecta. Basta que tenga-

mos una inteligencia analógica de un misterio, como del de la Trinidad y Encarnacion, para qué, al admitirlos, no pronunciemos palabras enteramente faltas de sentido, mas no es necesario que ésta explicacion sea tan clara, que nuestra razon llegue hasta comprenderlos y á saber el *cómo* ó *por qué* ello es así (1).»

¡Véd cuán presto se eclipsa un *ingenio tan brillante!*

Pero hé dicho antes que el misterio de la Santísima Trinidad era la vida de Dios, el *ser* de Dios, y quiero explicarme, para que resulte más clara y hermosa la armonía entre la fé y la razon.

En efecto. Supuesta la divina revelacion, la inteligencia se convence de que, sin aquel misterio, nunca podría formarse una idea analógica del carácter de la Divinidad; de que, sin el misterio de la Santísima Trinidad, ningun filósofo de corazon recto y entendimiento libre de preocupaciones podría explicarse la existencia de Dios. No es exagerada esta idea; porque sin aquel dogma, adorable Dios sería un ente más misterioso que el misterio mismo; Dios

(1) Disc. sobre la Conform. de la fé con la razon.

sería un *sér* que por una fatalidad inconcebible se vería necesitado á la más completa inacción, á una eterna ociosidad. No es difícil demostrarlo.

Dios es un espíritu purísimo, infinito y eterno; debemos, pues, suponer y confesar en él todas las perfecciones de un ente espiritual y en el más alto grado, sin limitación de ninguna clase; aquellas perfecciones que le constituyen esencialmente: una inteligencia que conoce, y una voluntad que quiere. Pero el entender y querer no son en Dios una facultad como en las criaturas; su infinidad y su inmutabilidad exigen que, cuanto conoce y quiere, lo conozca y quiera *ab aeterno*, sin que sus conocimientos y voliciones añadan cosa alguna á su infinita y soberana grandeza. Acto purísimo, sustancial, no puede concebirse de otra manera que en continua actividad, pensando siempre, amando siempre, porque el pensamiento y el amor son su vida, y su vida es su esencia. En el momento en que dejara de pensar y de amar, dejaría de existir, como muere el *sér* viviente, cuando se suspenden del todo sus funciones vitales. Ahora bien: á ésta inteligencia in-

finita, á esta infinita voluntad, que conoce y ama desde toda la eternidad, debe corresponder un objeto infinito, perfectísimo y eterno; de lo contrario la acción divina no sería completa y adecuada; Dios no sería infinito, eterno y perfectísimo, pues no debemos olvidar que ésta acción es su misma naturaleza, y ésta acción carecería de un *término* que recibiera toda su virtud y desarrollo; y éste término ni es ni puede ser otro que Dios (1). Dios, pues, se conoce infinitamente y desde toda la eternidad, y se ama con un amor infinito y eterno; y conociéndose, conoce cuanto tiene ser, porque en sí mismo lo tiene; y amándose, ama también todo aquello en donde brillan sus perfecciones, en donde le plugo estampar un sello de su Divinidad.

Pero la inteligencia, conociendo, *engendra*, del mismo modo que la voluntad, amando, *produce*; y el resultado de éste conocimiento y de éste amor está siempre en relación con la naturaleza y actividad del principio puesto en acto: de consiguiente, el pensamiento de Dios es la expresión fidelísima de su Sabiduría, es el

(1) Véase Sto. Tomás. Sum. Theol. p. I, q. 14.

Verbo de su inteligencia, coexistente y coeterno; el amor de Dios es la acción constante, la tendencia incesante, necesaria de su voluntad santísima que quiere y quiere necesariamente el bien, y descansa en sí misma, como en piélago infinito de todo bien y perfección.

Démos ahora á cada una de éstas relaciones su verdadero nombre, el único que le corresponde, el único que debemos darle. Llamemos á esa inteligencia fecundísima, siempre en acto, engendrando siempre, desde toda la eternidad, PADRE; llamemos á esa concepción sublime de la mente de tal Padre, á ese Verbo el más grande, el más digno de Dios, eterno como él, perfectísimo como él, consustancial á él, HIJO; y llamemos también á ese amor recíproco del *Padre* al *Hijo* y del *Hijo* al *Padre*, á ese amor santísimo, eterno, inextinguible, infinito, que saliendo de Dios, pero sin desprenderse de la Divinidad, vuelve á Dios por una acción constante, inmanente, necesaria, ESPÍRITU SANTO: y véd aquí el dogma católico de la Beatísima Trinidad, la vida de Dios, la expresión de Dios, la manifestación de Dios.

Prescindamos de éste misterio que nos ha

sido revelado, y nuestra razon no le concibe ya. Un Dios que, siendo espíritu purísimo, debe ser por esencia *inteligente y amante*, y sin embargo, ni entiende ni ama ¿puede ser Dios? Un Dios que no conoce sus perfecciones, ni ama su bondad ¿puede ser Dios? ¿qué Dios es ese, que en la más completa inaccion, en eterna ociosidad, no da señal alguna de vida? Señores: yo renegaría de semejante Divinidad.

No puedo pasar en silencio éste bellissimo trozo de Augusto Nicolás (1): «Hé aquí, pues, dice, el misterio de la Trinidad, que nos descubre tres personas en Dios: el Padre engendrando un pensamiento eterno, que es su Hijo, y que lo ama y es amado por él con un amor que procede igualmente del uno y del otro, y es el Espíritu Santo. No vacilemos en decir que por más misteriosa que parezca semejante doctrina, es la única que permite á la razon formarse una idea consecuente y lógica de Dios. Sin ella la filosofia carece de derecho para pronunciar tan augusto nombre; porque ó no es más que una preocupacion que ella no puede comprender, ó si le estrecha, degenera en ab-

(1) Estud. filosóf. *Trinidad*.

surdo; porque por una parte no puede rehusar á Dios lo que constituye la esencia de un sér cualquiera, que son las relaciones; y por otra no puede encontrar términos para explicar estas relaciones, más que en él mismo.»

Voy á terminar; pero no lo haré sin dirigirme antes á la juventud escolar, que consagra los más floridos años de su vida al estudio de las ciencias eclesiásticas.

El dogma de la Santísima Trinidad, amados jóvenes, es eminentemente práctico. No nos contentemos con una fé muerta en éste misterio adorable: es preciso llevarlo retratado en nuestra conducta, porque él nos recuerda nuestros deberes para con nosotros mismos. Hémos sido criados por el Padre, redimidos por el Hijo y reengendrados por el Espíritu Santo; llevamos la imágen de Dios grabada en nuestra alma: deber nuestro es conservarla pura y hermosa, reproduciendo en nosotros la armonía y santidad de las tres divinas personas. Respetemos ésta imágen augusta y no la profanemos con el pecado. Cultivemos nuestra inteligencia y perfeccionemos nuestro corazón: la ciencia y la virtud, aproximándo-

nos á la adorable Trinidad, adornarán nuestras sienes con la doble corona de sábios y santos, sin las cuales no puede ser agradable á los ojos del Señor un ministro de su altar.

Sea desde hoy más profundo nuestro respeto y más tierna nuestra devoción hácia este divino misterio, diciendo con frecuencia lo que el Apóstol de las Indias repetía á cada momento: *¡O Sanctissima Trinitas!* ¡Oh Santísima Trinidad! «Durante más de diez años los ecos de Oriente repitieron éstas palabras misteriosas, que eran como el grito de guerra del San Pablo de los siglos modernos. Francisco Javier considera la imágen augusta de la Santísima Trinidad desfigurada en tantos millones de hombres, para excitarse á la gigantesca lucha que había trabado contra el Paganismo indio, y su boca repetía ésta exclamación: *¡O Sanctissima Trinitas!* Encendíase entónces en entusiasmo divino, se agitaba su pecho, brotaban lágrimas de sus ojos radiantes, y se lanzaba con la rapidez del relámpago hácia mundos desconocidos, derrocaba los ídolos, sembraba los prodigios, vertía sobre millares de frentes el agua regeneradora, restableciendo la imágen

desfigurada de la Santísima Trinidad; y ni la muerte, el hambre, la sed, los hombres ni el infierno podían contenerle ni entibiar su celo en reparar la imágen alterada de las tres augustas personas: ¡O *Sanctissima Trinitas!* (1)»

HÉ DICHO.

Santiago, Setiembre de 1881.

Severo Araujo.



---

(1) Gaume, Catec. de Persev. T. VIII.

... en el ...  
... de ...  
... de ...  
... de ...

HE DICH

Santiago, Setiembre de 1881.

Don ...

(1) Gaceta, Gaceta de ...



M 17208









